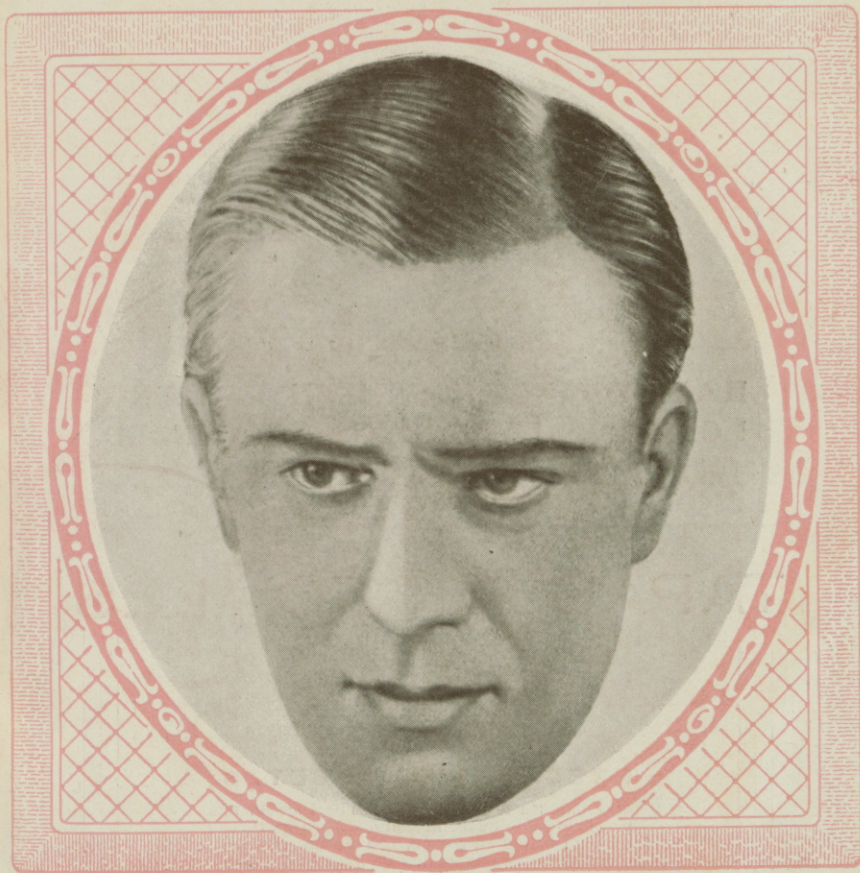


21.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



FRANK MAYO

CUADERNO Nº 40

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

María Jacobini

*La actriz de la risa sugestiva e inolvidable.
Sus amores con Nino Oxilia. Su vida, su
arte, su permanencia en Barcelona, al in-
terpretar la película «El amor rojo» ::*

EN PREPARACIÓN:

HARRY CAREY : RUTH ROLAND
MONROE SALISBURY : GRACE CUNARD

TAPAS ESPECIALES

en tela y oro, ricamente decoradas, pa-
ra encuadernar el primer volumen de

TRAS LA PANTALLA

PRECIO: 1'50 PESETAS

Que también mandaremos fuera de Barcelona,
previo el envío de dicha cantidad por Giro Pos-
tal o en sellos de correo, con un aumento de
diez céntimos por gastos de franqueo. Si se
desean certificadas, deberá remitirsenos 35 cts.

Tapas y encuadernación: 2'50 pese-
tas para los lectores de la Capital

Dirigirse: CALLE BRUCH, 3, BARCELONA
y a todos los corresponsales de esta publicación

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

FRANK MAYO

POR

MIGUEL GARCÍA ACUÑA

UN GALÁN JOVEN IDEAL



No es como Wallace Reid. No es como George Walsh. No es como Bryant Washburn.

No tiene su rostro esa sonrisa indeleble que caracteriza a los tres artistas que hemos citado; sonrisa que, en ocasiones, como la de Carpentier, se nos antoja como la mueca de una cupletista ansiosa de palmas.

Frank Mayo es un actor más serio, menos preocupado de agradar al público fuera del lienzo. Con un orgullo legítimo, él tiene la convicción de que su trabajo le basta para conquistar las simpatías de los espectadores.

Y huye de los retratos íntimos y desdeña la propaganda que se sale de los límites del estudio.

He aquí por qué, nuestros lectores, rara vez habrán visto confidencias ni intimidades del artista que nos ocupa la atención.

Frank Mayo trabaja mucho; se nos aparece en infinidad de películas; durante temporadas enteras su nombre aparece en los carteles de los cinematógrafos. Y esto le basta para ser popular, para que su nombre se pronuncie con cariño y admiración entre los aficionados al arte mudo.

De temperamento viril y fuerte, tiene un gesto de desdén para tantos compañeros suyos que entregan a la insaciable voracidad de los periodistas el amable misterio del hogar. El no quiere ser así, él prefiere trabajar más, llenar con su figura las pantallas de los cines, a que sus intimidades sean publicadas en las revistas profesionales de todo el mundo.

¿Está equivocado?

He aquí lo que falta por aclarar. Nosotros creemos que un actor, y sobre todo un actor cinematográfico, necesita la propaganda de su persona, para acaparar la atención del público. Así lo entienden también varias casas americanas, que, constantemente envían a la prensa cinematográfica girones de la vida de sus artistas.

La Famous Players, la Robertson-Cole, la Goldwyn, la Paramount, mandan constantemente a los periódicos que de cinematografía se ocupan, sendos artículos, en los que se refiere la vida y milagros de los artistas de primera categoría de su elenco.

Esto, que constituye para esas manufacturas una propaganda completamente gratuita toda vez que las revistas cinematográficas aprovechan esos datos para satisfacer la curiosidad de sus lectores, mantiene vivo en los espectadores el fuego de la popularidad. Y gracias a este sistema, completamente yanqui, muchos artistas mediocres son más conocidos que otros de mayor talento que ellos, que tienen el gesto señorial de despreciar ese género de propaganda.

Frank Mayo es el galán joven ideal. Todos ustedes, amables lectores, recordarán sin duda su figura, muy apuesta y muy varonil, de muchacho guapo que se sabe buscado por las mujeres. No hay, sin embargo, en su gesto, un alarde de presuntuosidad, y su labor, sencilla, natural, cual si el fingimiento no existiese, nos agrada sobremanera.

Gusta Frank Mayo de interpretar en la pantalla tipos de galán joven, un poco sentimentales. No es su fuerte ese modelo de galán joven americano, que se enamora de una joven pequeña y muy pizpireta y la emprende a puñetazos con todos sus rivales, sin perder jamás la sonrisa que ilumina su rostro. No. El artista de que nos ocupamos no es perfectamente yanqui en este aspecto de su arte. Más bien vemos en él un actor latino, propenso a la melancolía, sin ese optimismo fuerte e insultante de los buenos muchachos de Yanguilandia.

En su físico nos parece también un latino. No es alto, como

la mayoría de sus compatriotas. Su estatura mediana y sus movimientos nerviosos, sin esa seguridad de los atletas, nos lo presentan como a un oriundo de España, Francia o la América latina. Carece al andar y al accionar de ese aplomo de la raza sajona, que va pregonando por todas partes su vigor y su salud.

No quiere esto decir que Frank Mayo sea un muchacho enclenque y enfermizo. Lejos de eso: de complexión robusta y de musculatura de acero, diríase un español hijo de padres ingleses. Uno de esos españoles que a menudo se ven en Cádiz y Gibraltar, curtidos en todos los deportes de las razas del Norte, pero sin perder la agilidad ni la nerviosidad de los hombres del Mediodía.

Y por eso, nosotros, latinos, que admiramos la fortaleza y el optimismo de los norteamericanos de pura raza, sentimos una gran simpatía por este histrión del arte mudo, que se nos antoja un hermano nuestro.

«EL CUARTO NÚMERO 29»

Entre las obras cinematográficas que ha interpretado Frank Mayo, «El cuarto número 29», estrenado no hace mucho tiempo en nuestros cinematógrafos, nos parece su obra más perfecta. Es una creación magistral en la que el fecundo artista yanqui pone toda su alma de actor.

He aquí el argumento de esta deliciosa cinta.

Frank Devon es un muchacho joven, mimado por la fortuna, que distrae sus ocios escribiendo para el teatro, cosechando grandes aplausos en la presentación de la primera de sus obras.

El éxito le proporciona la facilidad de nuevos contratos, pero la gloria conquistada le hace dormirse sobre sus laureles y le cuesta un trabajo titánico volver a escribir.

Su colaborador y su hermana se desesperan y el empresario, al ver perdida la temporada que bajo tan halagadores auspicios había empezado, concibe un plan para obligarle a escribir para el teatro.

Transcurren unos días en el ocio elegante a que Frank consagra las horas destinadas antes a la literaria labor, y en cierta ocasión, al anudarse la corbata ante el espejo, se apercibe el escritor de que en la casa de enfrente se ha instalado una encantadora muchacha, cuya divina hermosura refleja con toda fidelidad el espejo de uno de los muebles de la estancia.

Sigue deleitándose en la contemplación de su hermosura, cuando le extraña la expresión de amargura y desaliento que se retrata en el semblante de la joven...

La observa atentamente, y siguiendo sus movimientos, se aperece de que, empuñando una pistola, se dispone a poner fin a su vida.

Rápido como una exhalación, Frank se precipita hacia la calle, y por el *groom* de servicio se entera de que la joven se ha instalado en el aposento número 29, en el que hace irrupción cuando ya la joven apoyaba el cañón de la pistola en su sien.

A las angustiosas preguntas que Frank le dirige, ansiando saber los móviles que en plena juventud la obligan a dejar el mundo que todavía debe guardar para ella desconocidas sensaciones y misterios de irrevelable belleza, la joven le reprende por haberse mezclado en su vida y atreverse a pedirle cuenta de sus actos, mas luego, ante las súplicas enternecedoras de Frank, accede a acompañarle al restaurant, donde le promete revelar el secreto de su atormentada vida.

En el elegante restaurant, Clara, que así se llama la misteriosa joven, y Frank se encuentran con el perseguidor de la joven, un individuo de mala catadura, que se insolenta con el escritor cuando éste le exige que deje en paz a la hermosa Clara.

Este individuo es el que persigue a Clara y el único causante de sus desventuras, según confesión de la desgraciada joven.

Frank la acompaña hasta su casa y le promete convertirse en su caballero libertador, asegurándole que para ello no han de faltarle arrestos.

El misterioso perseguidor de Clara, que acechaba a Frank, le desafía a que le siga hasta su antro para convencerse de la falsedad de la joven a la que él cree inocente paloma, y éste acepta, llevando consigo la pistola que arebató a la joven cuando ésta intentaba suicidarse.

En la guarida fatídica espera a Frank la visión de un espectáculo terrible.

La joven, acusada de haber revelado a un desconocido los secretos de la criminal organización, es condenada a muerte, y Frank oye el pistoletazo que hace suponer que la joven se ha hecho justicia.

Arrojado a un pozo por medio de una trampa, el dramaturgo consigue evadirse después de luchar con infinitas dificultades, y tomando su auto, logra introducirse en la guarida de los malhechores y rescatar a la joven, en una espantosa noche de tormenta, luchando a brazo partido con los secuestradores, contra los que hace numerosos disparos, dejando a uno tendido en tierra, al parecer sin vida, pero consiguiendo al fin huir con su auto por la carretera que la lluvia inunda con sus chorros torrenciales.

Tras infinitas peripecias logra Frank llegar a su casa, donde le esperan, llenos de impaciencia, su hermana, su colaborador y el empresario.

Demudado el semblante, Frank les cuenta su odisea refiriéndoles que en la lucha ha muerto a un hombre, por lo que no le



Frank Mayo

Caricatura de Stres

queda otro remedio que escapar o entregarse a la justicia como homicida...

Entonces penetra en la habitación el secretario del escritor y una colección de comparsas a reclamar su sueldo y a negarse a seguir trabajando, porque Frank boxea mejor de lo que ellos creían y los trompazos que les propina son demasiado reales y verdaderos.

Frank, que no vuelve en sí de su asombro, escucha entonces de labios de su colaborador que, para darle una idea para que escribiera su nueva obra, habían urdido la farsa, valiéndose para ello de la hermosa actriz Clara, la joven del espejo, y de unos cuantos comparsas capitaneados por el propio secretario del escritor, con lo que Frank comprende el por qué al hacer el disparo no hirió a nadie, ya que utilizó el revolver cargado sólo con pólvora que la actriz tenía en sus manos cuando su fingido suicidio.

Lo ocurrido sirve de tema a Frank para su nuevo drama, del que será protagonista la hermosa Clara, a la que promete que después de estrenada la obra emprenderán el camino de Vicaría, para juntar las palmas de la gloria académica con las flechas del dios Amor.

En esa cinta, Frank Mayo se nos presenta elegante sin afectación, ágil y seguro en los golpes, sin alardes de atleta, y finamente sentimental, según los diferentes momentos psicológicos por que atraviesa el protagonista de la película.

Nos convence en absoluto su manera de trabajar, y su labor, más que en otras producciones suyas, tal vez mejores que la que ocupa nuestra atención, se nos antoja más real y más humana, y, sobre todo, más suave, con una suavidad de buen tono, como si el artista fuese uno de esos amenos narradores de salón, que, con la sonrisa en los labios, van contando a sus oyentes las cosas más extraordinarias.



**EN BUENOS AIRES :: EL
TEATRO ROYAL :: EL CA-
SINO :: EL BAR MAIPÚ**

Nosotros conocimos a Frank Mayo en Buenos Aires, entre el tráfago de artistas que pululan de noche por la calle de Corrientes.

Buenos Aires, en la temporada de invierno, es uno de los pueblos más cosmopolitas del mundo. Diariamente llegan de Europa y de América del Norte y de Asia artistas de todos los países, de todos los géneros, que van a acentuar todavía más la impersonalidad que caracteriza a la enorme ciudad del Plata.

Por las noches, estos artistas de todo el mundo, buscan sus barrios, sus calles favoritas, sus cafés preferidos. Y mientras los actores españoles invaden los cafés, casi madrileños, de la Avenida de Mayo, donde se sirve chocolate con churros y cocido a la española, los faranduleros franceses y norteamericanos sientan sus reales en los bares cosmopolitas de la calle de Corrientes, simpaticizando con los hijos del país, con los cuales se entienden en francés.

En tanto, los italianos, sin lugar preferido, lo mismo pasean sus chambergos y sus melenas por los alrededores del Teatro Colón, que se sientan, llenos de prosopopeya, en los múltiples cafés de la Avenida de Mayo.

En medio de la amable luminosidad de la calle de Corrientes, conocimos a Frank Mayo. Estaba en el democrático café «Los Inmortales», discutiendo de arte lírico con varios periodistas teatrales, que recogían datos para hablar de Caruso, el cual iba a debutar en el Teatro Colón pocos días después. Nosotros, que por aquel entonces también pertenecíamos a la Redacción de un diario bonaerense, nos sentamos al lado de nuestros compañeros y oímos cómo el que más tarde sería artista cinematográfico, hablaba refiriéndose al gran artista lírico recientemente fallecido.

— ... Para mi gusto, Caruso es un gran cantante, pero un actor detestable. ¿Se han fijado ustedes en su manera afectada de accionar? ¿Se han fijado, sobre todo, en esa gordura de burgués que le hace parecer ridículo al interpretar ciertos papeles? En Nueva York, los asiduos al Metropolitan sienten idolatría por Caruso. Pero hay que tener en cuenta que estos habituales son unos comerciantes millonarios, muy preocupados con sus millones, a los cuales la voz de Caruso les suena bien en los oídos y no se ocupan de nada más...

Hablaba Frank Mayo en un francés correcto, sin acento americano, como si toda la vida hubiese residido en París.

Era muy joven, casi un niño, pero había en su rostro una ex-

presión viril de fortaleza y energía. Bajo el traje de corte irreprochable, se adivinaban unos músculos recios, de hombre acostumbrado a los deportes.

Uno de los periodistas le preguntó:

—¿Dónde va usted a trabajar aquí?

— En el Teatro Royal — respondió Frank Mayo. — Hemos venido una troupe de Nueva York, para interpretar algunas revistas de las que privan en Broadway, y creo que tendremos éxito, pues son algo muy llamativo y muy literario.

Terminó de hablar el artista yanqui, y comentando banalidades de teatros y de deportes, consumimos nuestros *whisky and soda*.

Salimos del café. La calle de Corrientes vivía a aquellas primeras horas de la noche una vida febril y alocada, bajo la luz potente de los arcos voltaicos y las iluminaciones eléctricas de los grandes comercios y de los elegantes teatros. Pasaban con estrépito los enormes tranvías de Lacroze, ahogando con el ruido de sus motores el estridente vocear de las bocinas de los autos. Los coches, con llantas de goma, rodaban silenciosamente, como sobre un piso alfombrado. Y los *halls* de los teatros y de los conciertos arrojaban a la calle una multitud que comentaba los espectáculos que acababa de presenciar.

En la sesión de la noche fuimos al Teatro Royal, decididos a ver trabajar a aquel joven que en el café nos había interesado con su hablar distinguido y desenfadado.

Se representaba una revista norteamericana, que reproducía perfectamente uno de los aspectos más pintorescos de Nueva York: la vida en los barrios chinos de la gran ciudad de los rascacielos.

Frank Mayo representaba en esta revista un papel sin relieve, un papel escrito exclusivamente para que un actor elegante luciese su talle esbelto en el escenario. Pero Frank fué más allá que el autor, y estudiando detenidamente los pequeños resquicios por donde podía entreverse el alma del personaje supo imprimir al papel una emoción nueva.

Salimos satisfechos del artista que acabábamos de descubrir y con cuya amistad nos honrábamos desde aquella tarde.

Varios periodistas de los que habíamos estado con él en «Los Inmortales», lo esperamos unos momentos, y en su compañía nos fuimos al «Casino», uno de los centros más refinadamente cosmopolitas de Buenos Aires.

Queríamos, ante el nuevo amigo, hacer alarde de nuestros conocimientos de la ciudad nocturna, pero pronto nos dimos cuenta de que al lado del joven artista íbamos camino de hacer el ridículo, si continuábamos en aquel plan.

Frank Mayo era enormemente popular en el «Casino». Lo llamaban de unas mesas, lo saludaban desde los palcos, las cocotas y las artistas le sonreían como a un antiguo conocido. Y nosotros, un poco corridos, hubimos de preguntarle:

— ¿Cómo es que conoce aquí a tanta gente?



Frank Mayo en « Degradación »

Los grandes actores de la cinematografía



Retrato de FRANK MAYO



Frank Mayo en dos aspectos de «El cuarto n.º 29»

— Es que durante la temporada, trabajo aquí cuando me canso de actuar en otros teatros. Como no firmo nunca contrato, puedo hacer esto con frecuencia. Este sitio me gusta mucho, es un rinconcito muy íntimo, que hasta en Nueva York echo de menos.

Empezaba a acuciar nuestra curiosidad aquel artista joven, casi un niño, que rescindía los contratos que no le gustaban, como si no necesitase de su profesión para vivir.

Cuando salimos del «Casino», poca gente transitaba por las calles. Eran las primeras horas de la madrugada, y aquellas multitudes que poco antes llenaban todos los lugares de diversión, ávidas de goces y placeres, habían desaparecido como por encanto.

Buenos Aires es un pueblo trabajador, que no puede hacer locuras por las noches. Allí no se conciben más que las locuras financieras, esas terribles locuras de compra y venta de terrenos y ganados, que unas veces conducen a la opulencia y otras veces conducen al suicidio. Por eso Buenos Aires tiene que madrugar para que le quede tiempo para realizar esas inmensas locuras.

En medio de aquella soledad de las calles, el Bar Maipú era como un oasis de placer y de vicio. Una especie de cabaret muy grande, muy alegre, punto de reunión de las cocotas, de los bohemios, de los niños «bien», hijos de comerciantes o estancieros, que van a derrochar allí la «plata» que con tanto sudor y tanto riesgo ganaron sus padres.

He aquí lo que un escritor español nos dice del Bar Maipú, de Buenos Aires:

«Buenos Aires, por su carácter comercial, carece de vida nocturna. Después de la salida de los teatros, la mayoría de la gente va a buscar en su casa el calor del lecho.

No pasa como en Madrid, como en París, donde los teatros son la primera parte de la vida de noche. En Buenos Aires son el fin.

Los habitantes bonaerenses no gustan de esparcirse por chocolaterías y cafés a la terminación de los espectáculos.

Y así sucede que a la una de la madrugada las calles están desiertas. Únicamente alguna *cocotte*, alguna artista, algún apache, transita por ellas. El silbato del vigilante anunciando la hora o llamando a relevo, turba el silencio espectral de las vías solitarias.

Sin embargo, a pesar de ese ambiente tan poco propicio al placer, hay lugares en Buenos Aires que se ven llenos de gente reidora y bullanguera.

Uno de ellos es el Bar Maipú. Allí concurre toda la gente ocupada: artistas, cocotas, jóvenes ricos... Y en medio de una atmósfera de cabaret, donde se mezcla, al ruido de las botellas, el estallar de las carcajadas y el chasquido de las copas al romperse, se pasan las horas de la noche en regocijante locura.

Al fondo, sobre un estrado, una pequeña orquesta compuesta

de rubias y fáciles muchachas, hace oír al auditorio las notas voluptuosas de esos mil vales estilo Lehar.

Y arriba, donde la gente más alborotadora se reúne, lucen su indumentaria grotesca un par de franceses vestidos de toreros, y los concurrentes aplauden rabiosamente las coplas picantes que, con extraña jerga, entona la despampanante pareja.

De repente, de entre un grupo de mujeres se levanta una inglesa de cutis arrugado y de cuerpo de bacalao; sube al diminuto escenario y pronuncia un discurso: es una sufragista.

Entonces, allí ya no se respeta nada. Los hombres medio embriagados por las continuas libaciones, protestan contra la audaz oradora.

Y se arma la bronca primera de la noche. Las cocotas, descubriendo, con la desvergüenza que presta el vino, su bajo oír, se suben sobre las sillas, sobre las mesas y chillan insultando a los hombres, haciéndoles obscenas muecas. Tampoco ellos se quedan atrás, y tal vez, prestando atención, puede oírse el estallido de una bofetada aplicada por un rufián en los carrillos de su hembra.

Pero todo esto es consecuencia de la dessordenada alegría... Nadie se apura, nadie se queja. Al poco rato todos vuelven a reír y a cantar y a beber.

Y llega la mañana alumbrando con luz pálida la ciudad comercial, y todos los concurrentes al Maipú se van retirando lentamente, ojerosos, pálidos, tropezando con algún obrero que se dirige a su trabajo..."

Pues bien; en este lugar tan lleno de modernidad tuvimos ocasión de quedarnos una vez más estupefactos ante la extraña liberalidad de Frank Mayo.

Con un gesto de príncipe, el artista arrojaba puñados de billetes de Banco sobre la mesa de *baccarat*, y no había ni una contracción en su rostro cuando el *croupier* se apoderaba de las posturas o se las devolvía dobladas.

Nosotros estábamos cada vez más intrigados, más llenos del deseo de conocer las intimidades de aquel niño que nos asombraba a cada momento con sus originalidades y sus gestos de hombre.

Y cuando salimos del Bar Maipú, a la luz blanca del amanecer, viendo cómo la ciudad grandiosa despertaba, desperezándose, de su sueño profundo de la noche, no pudimos resistir a la tentación de preguntar al actor algunos datos íntimos de su vida, que era para nosotros un enigma.

Frank Mayo ofreció complacernos, y cuando llegamos al hotel suntuoso donde se hospedaba, situado en la Avenida de Mayo, el actor se sentó frente a nosotros, en una butaca, y nos relató en la siguiente forma, la historia de su vida.



**EL NACIMIENTO DEL AR-
TISTA :: LOS BUSCADO-
RES DE ORO :: UN IDILIO
EN SAN FRANCISCO DE
: : : CALIFORNIA : : :**

»Nací en la hermosa ciudad de San Francisco de California, que en sus edificios y en su carácter conserva todavía vestigios de los habitantes españoles, que en tiempo lejano sentaron sus reales en aquella ciudad.

La vida de mi padre es muy pintoresca.

Mi padre era inglés, nacido en Londres, perteneciente a una de las más empingorotadas familias de la ciudad del Támesis.

Pasó su juventud en el ambiente burgués y aristocrático de aquella ciudad, y por este motivo, la elegancia, esa elegancia británica que sirve de modelo a la gente *smart* de todo el mundo, fué su principal preocupación.

Siendo muy joven todavía, se quedó huérfano y poseedor de una gran fortuna. El trabajo no le atraía y, en cambio, gustaba de los lugares de placer, de los *restaurants de nuit*, de los grandes casinos de los balnearios, donde su dinero desaparecía rápidamente sobre el tapete verde.

Los resultados no se hicieron esperar. Al cabo de algunos años, mi padre había gastado toda su fortuna. Hallándose en Dieppe vió que su capital se reducía a algunos centenares de libras esterlinas. Pero no se desanimó. Mi padre era un hombre fuerte, un hombre de temple de acero, y aquella ruina, que para otro cualquiera representaría una desgracia, para él no fué más que un aliciente que le empujaba a emprender una vida de trabajo febril.

Pensó en América. Era en aquellos tiempos que por Europa corría el rumor de que en California existían abundantes yacimientos de oro, que los hombres se disputaban por un sistema primitivo, jugándose la vida a cada momento.

A mi padre le sedujo la idea de encontrar uno de tales yacimientos, y, sin pensarlo más, se embarcó para Nueva York.

No encontró allí lo que deseaba, pues en la ciudad de los rasca-cielos no había el ambiente formado por los buscadores de oro que caracterizó a varias ciudades del Sur y del Oeste de los Estados Unidos. Pero en cambio oyó decir que en San Francisco de California y en Sacramento se formaban a menudo caravanas de aventureros que iban en busca de yacimientos auríferos.

Poco tiempo después nos fuimos a vivir a San Francisco, pues la presencia permanente de mi padre en el yacimiento, ya no era necesaria.

En esta ciudad puede decirse que nací yo, pues aún no tenía dos años cuando me trasladé a ella, y en sus calles jugué cuando niño y en sus escuelas aprendí las primeras letras.

**LA VIDA EN SAN FRAN-
CISCO SE DESLIZA PLA-
CIDAMENTE PARA FRANK
MAYO :: UN SALTO A
TRAVÉS DE LA REPÚ-
BLICA :: :: ::**

Bebimos un whisky. A través de la ventana entreabierta del hotel, un sol de invierno penetraba en la habitación, poniendo en todos los objetos un pálido resplandor.

Frank Mayo se retrepó en la butaca, y después de una pausa, continuó así la historia de su vida:

«Viví en San Francisco una vida plácida, aromada por la tierna solicitud de mi madre. Los negocios marchaban perfectamente, y cuando yo empecé a darme cuenta de las cosas, observé que en mi casa se respiraba una atmósfera de comodidad, y hasta de lujo. El yacimiento de oro era un filón inagotable, que nos ofrecía un porvenir brillante.

Cuando terminé mis estudios elementales entré en la Universidad para iniciar la carrera de Medicina, que mi padre tenía empeño en que aprendiese.

Pero mis inclinaciones no marchaban hacia ese lado. En aquellos tiempos de estudiante tenía yo una loca afición por el teatro, y mi ambición suprema consistía en declamar desde un escenario, como veía yo que lo hacían los artistas que venían a San Francisco.

En mi casa ha habido siempre una atmósfera de tolerancia, y es por esa razón que una noche, a la hora de la comida, yo me atreví a hablar ante mis padres de las aspiraciones que sentía.

Mi madre se escandalizó un poco y se lamentó mucho de aque-

llos propósitos, ya que había soñado para mí con un porvenir burgués. Pero en cambio, en mi padre no encontré la menor hostilidad. Me aconsejó, me dijo que la vida del teatro era una cosa poco práctica, pero como reconocía que los años acabarían por darle la razón, no insistió sobre el particular y me dejó en libertad para que siguiese los impulsos de mi cerebro y de mi co-razón.

Y es así que a los dieciséis años partí de mi casa en dirección a la gran urbe neoyorquina, provisto de importantes cartas de recomendación para empresarios y artistas, proporcionadas por amigos de mi padre.

El dinero, esa base principal para no tener necesidad de soportar claudicaciones ni humillaciones, me acompañó siempre, y gracias a él, pude bien pronto figurar en los elencos de diversas compañías de Nueva York.

En todas las cartas, mi padre me aconsejaba que cuando sintiese el menor cansancio en el camino que había emprendido, no tuviese vacilación en volver atrás, pues todavía sería tiempo de emprender camino mejor.

Y tal vez por esa seguridad que siempre tengo de ser bien acogido en mi casa si algún día me hastían las candilejas, es por lo que por ahora no he sentido el menor cansancio..."

:: ALGUNOS AÑOS DES-

PUÉS :: FRANK MAYO

ARTISTA DE CINE :: ::

Han transcurrido varios años desde aquella conversación en Buenos Aires, y los periódicos nos han traído continuamente noticias del joven actor que un día fué nuestro amigo, y hemos tenido ocasión de ver sus gestos y su figura en las pantallas de los cines.

Frank Mayo abandonó su carrera teatral, pero no para seguir la vida burguesa que su madre deseaba. Se hizo artista de cine. La manufactura Universal le abrió sus puertas, y el artista elegante penetró por ellas, al parecer no dispuesto a salir de allí en mucho tiempo.

Cada vez que lo vemos en la pantalla, recordamos aquella amistad que con él tuvimos en Buenos Aires y pensamos en el artista jovencito, casi un niño, que un día nos extrañó con sus gestos seguros de hombre y con su prodigalidad de príncipe. Y vemos que los años no le han hecho variar de opinión, a pesar de los vaticinios de aquel gran aventurero que fué su padre...

MIGÜEL GARCÍA ACUNA



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal:	18 ptas.	- Extranjero:	25 ptas.
• semestral	•	9	•	12'50
• trimestral	•	4'50	•	6'25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZON

Harold. — Madrid. — Gracias por su espléndida información. Tendremos en cuenta sus ofertas. Las biografías que indica irán saliendo sucesivamente. Hasta otra.

J. González Terol. — Valencia. — Se le mandaron las tapas. Envíe 40 céntimos en sellos de correos y le remitiremos el cuaderno de Gustavo Serena. Si lo desea certificado, 35 céntimos más.

J. Pérez. — Ciudad. — El 8 de julio le servimos los cuadernos de Mary Pickford y Wallace Reid. Las biografías que le interesan irán saliendo a su debido tiempo.

N. y M. Garzon. — Madrid. — Como habrán observado, llevamos publicada ya la biografía de Tullio Carminati. Su dirección es Tiber Film, Roma. Esperamos ver nuevamente su buena letra por esta casa.

Golben Breno. — Remítanos 1'20 ptas. en sellos y le mandaremos los tres cuadernos que le faltan; más 35 céntimos, si los quiere certificados.

S. Hayakawa II. — Lérida. — Para ser un buen artista de cine, lo que primeramente se necesita, es nacer artista. Los sueldos que a Vd. le preocupan tanto, para el artista no tienen importancia ninguna... al principio. El caso es llegar.

El Gineté del Terror. — Sabadell. — Por Dios no tenga tan mal genio. El esposo de Priscilla Dean, se llama Wheeler Oakman. La biografía de Olive Thomas estudiantemos si hay necesidad de publicarla.

Black-Horse. — Málaga. — Mande 5'60 ptas. en sellos de correos por los catorce cuadernos que le faltan, más, 35 cénts., si los prefiere certificados.

V. A. — Barcelona. — Tenemos preparadas las biografías que menciona. La dirección de June Caprice es 1457 Broadway, New-York. La de Mia May, Ufa. Tempelhof (Berlin).

Francisco García. — Justo y cabal; publicaremos esas biografías. Vaya preguntando. Margarita Munain. — Bilbao. — Solamente contestamos las cartas por medio de esta sección. La dirección de Wallace Reid es Lasky Studio, California E. U. No entiende el castellano. Por poco que pueda escríbale en francés.

V. Casp Vercher. — Carlet. — Mande 10 céntimos más y le remitiremos la postal de Francesca Bertini. Únicamente tenemos publicadas dos series de postales. Fuera de éstas, de momento no podemos complacerle.



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 céntos.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición. — N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. — N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White, 2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Walcamp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. — N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S. Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore. — N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick. — N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadernada de este primer volumen: 12'50 ptas.

N.º 32 Antonio Moreno
» 33 Huguette Duflos
» 34 Leon Mathot
» 35 Henny Porten

N.º 36 Tom Mix
» 37 Carol Holloway
» 38 Tullio Carminati
» 39 Geraldine Farrar

ACABA DE PUBLICARSE

la Serie B. de **ESTRELLAS DEL LIENZO**, magnífica colección de postales de artistas cinematográficos, compuesta de los artistas EDDIE POLO, VIVIAN MARTIN, THOMAS MEIGHAN, ELSIE FERGUSON, WILLIAM S. HART. — Va publicada la Serie A: FRANCESCA BERTINI, WALLACE REID, BILLIE BURKE, TOM MOORE, RUTH CLIFORD. — Precio: 20 céntos. cada una y 90 céntos. la serie.

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntimos por cada remesa.

Certificados, 35 céntimos.

Depósitos para la venta: Bruch, 3, Barcelona; Pretel de los Consejos, 3, Madrid, y en todas las principales Papelerías y Librerías de España.